



# “Se le vende, se le tiene lo propio”

## Crónica sobre el festival de Palenque y reflexiones sobre las ficciones patrimoniales

Por: Elías Doria  
Estudiante de antropología.  
Unimagdalena  
Integrante del semillero de  
investigación Oraloteca

El encuentro con San Basilio de Palenque, hecho en los primeros días de Octubre de 2012, nos muestra una situación de un espacio denominado ancestral en acecho de una extensa lista de peligros culturales, por ende de situaciones de índole económico y de territorio.

En aquellos días de mi visita se desarrollaba el festival del tambor y la cultura afro, que en definitiva ha sido uno de los espacios mas importantes para los palenqueros, para festejar, autoreconocer y reivindicar sus tradiciones. Esta vez el festival sería dedicado en homenaje a la cantaora y tamborera Graciela Salgado, quien es hija de Batata, uno de los músicos del tambor mas trascendentales nacidos en Palenque y que además es ella, líder de las Alegres Ambulancias, el cabildo y grupo mas tradicional del Lumbalú, es decir de los ritos fúnebres de esta comunidad. Según lo expresado en su casa en una larga conversación con Rafael Cassiani Cassini del Sexteto Tabalá “Las alegres ambulancias, vienen tocando hace mas de 50



años. Puedo decir que es el grupo mas antiguo de Palenque, que se mantiene y mantendrá por muchos mas años”. De entrada, esta reflexión es importante, en sentido que no predomina e interesa, la razón individual ni el protagonismo personal, sino el mantener una tradición. Es decir no existe en estos casos, riesgo de que el grupo se desaparezca en caso de que un integrante fallezca, ya que existe alguien, que puede ser descendiente del fallecido, quien tome su puesto en el grupo de manera en que la tradición seguirá viva, que en este contexto es la razón principal de estas agrupaciones. A mi opinión, es en efecto una manera colectiva y amable de ver la música como hecho social, por encima de la personificación “humano” del músico y la música. Demuestra además, que la compleja atemporalidad y definición estética y social de las tradiciones.

Al llegar a Palenque la música me recibe con un panorama bastante particular. Sonaba a tambores y flauta peruana. Se escuchaban los ecos andinos en el trópico, todo porque en ese momento en la plaza principal se encontraban varios músicos de diferentes lugares del país, la mayoría de ellos pertenecientes al colectivo “Canto Al Agua” iniciativa ambientalista y autoproclamados ne-hippies guardianes de la naturaleza. Desde luego que este encuentro nos mostraría parte de la disparidad de actores que venían a participar de este proceso. Como ellos, así como muchos otros con intenciones de aprender u aportar en los procesos culturales de la comunidad. De entrada vemos, que puede ser la fiesta de muchos... ¿de otros?

Con mucha delicadeza y en búsqueda de las manifestaciones musicales propias del Palenquero, esa primera noche salimos a caminar Palenque. Era Viernes de ese largo fin de semana, pero aún no había comenzado el festival, a penas se sentían los preparativos de la fiesta. Muchos palenqueros inquietos con la logística de hospedaje de los foráneos, otros de ellos organizando toda la dispensa de recursos alimenticios y comercio para esos próximos días. Sin embargo gran parte de los turistas que visitaban el pueblo, ya se encontraban listos para la fiesta. Al hacer el mencionado recorrido nocturno, nos encontramos con que solo había una fiesta con mucha música y mucho “parrandero” en todo el pueblo. Aunque con mucha actitud amable, me dirigí y participé en ella. Era una fiesta de extranjeros de diferentes países, así como también muchos colombianos aparentemente del interior del país. En esta reunión hubo momentos de actitud algo hostil por parte de sus congregados. Sin embargo pensé en ese momento ¿Qué piensan los Palenqueros de estas actitudes? ¿No hay formas en las que regules algunos comportamientos? Me fijé en una imagen muy fuerte, en la que todas las matronas de esa cuadra veían aburridas y al parecer bastante resignadas y desconectadas, con esta manifestación de fiesta de “mochileros”, donde las rubias alemanas bailaban bullerengue como una pieza de house, al tiempo que caían de su avanzado estado de alicoramamiento. También se veía el grupo de Antioqueños ebrios que gritaban consignas y canticos políticos en este contexto. Así como de repente podía ser intervenido un palenquero tocando tambor, por un argentino que le bromeaba “metiendo mano” en su interpretación, mientras



que otro turista tomaba varias fotos por minuto a cada palenquero que pasaba en ese instante por el lugar. Simbólicamente fue un episodio bastante relevante para mí. Bueno esas cosas pasan, lo lamentable sería que no generen debate.

Además del anterior suceso, recuerdo muy bien el momento en que un norteamericano, con evidente estado bajo efectos sicotrópicos, decide montarse a la tarima principal, justo en la presentación de danzas tradicionales de los niños palenqueros. El hombre bailaba bullerengue tambaleando, mientras de forma muy “pícaro” y grotesca, hacía gestos a los niños. Estamos hablando de uno veinte minutos, del desagradable show de “gringos” drogados en pleno festival. La demora en reaccionar por parte del público fue muy tardía. La gente foránea y nativa, en su gran mayoría se reía de la situación. ¿Pero es que acaso la fiesta le pertenece a ese gringo? ¿Quién es el que muestra?

Algo no entendía bien. Venía ese fin de semana, con el imaginario de una fiesta “ancestral” y estaba asistiendo a un ritual de nuevas formas de colonialismo. Esa idea de colonialismo que menciono, no tardó en materializarse en mucho tiempo. Al otro día, es decir sábado en la mañana, me dirigí junto a unos amigos hacer un recorrido al pueblo. Nos disponíamos a tomar fotos en el río. Pero en ese momento tuve un encuentro decisivo, con un arqueólogo extranjero, reconocido por trabajar temas sobre patrimonio y turismo comunitario. Este señor estaba acompañado, de distintos delegados de diferentes organizaciones que invierten en temas similares, así como miembros

de varias instituciones que llevan procesos de turismo comunitario en Brasil, pero sobre todo también la participación de los miembros de Asopraduce, asociación de Palenqueros, para el desarrollo económico de sus habitantes. De inmediato decidí acompañarlos a ellos a dicha reunión que tendrían en el taller principal de la asociación palenquera. Posteriormente en mesa redonda, me concentré tanto en las propuestas que analicé minuciosamente la retórica de cada uno de los participantes. Al punto que escribía una especie de decálogo. Como siempre al estilo de ese tipo de reuniones, las palabras presentes eran o solían ser similares a: “progreso”, “desarrollo”, “sostenibilidad”, “emprendimiento”, “estrategias”, “marketing”.

Diferentes personas intervinieron la reunión, pero sobre todo fue significativo lo dicho por una de las líderes de Asopraduce, quien expresó la necesidad de organizar sus producciones y consolidar a nivel internacional la “marca palenque” ¿Marca palenque? Eso sí que me dejó pensando durante todo el día. Estaba de repente en una reunión donde este colectivo estaba hablando de la objetización de su cultura, su tan nombrado “patrimonio”. La “ficción patrimonial” como muchas veces llamé yo. Desembocada en este caso por la declaratoria de la Unesco sobre San Basilio de Palenque, como “patrimonio inmaterial de la humanidad”.

Estoy convencido que los palenqueros, por ende su manifestación hecha música, así como el tambor es un protagonista principal de esta comunidad. Por eso es importante reflexionar sobre la importancia y



relación que existe sobre cultura con la “patrimonialización”. De hecho mirado en una óptica profunda, el tema de patrimonio es un concepto profundamente debatible y que eventualmente conlleva a una discusión que puede tener de un tinte supremamente filosófico. ¿Cuál es el límite entre lo patrimonial y lo “normal”? Esta es una de las preguntas que aparecen en el mapa de inquietudes después de una visita consiente a Palenque y su música. Sirve del todo vivir del “patrimonio”. ¿Este no transforma el mismo “patrimonio”?

Lo que acontece con Palenque es más que un problema cultural común, sino una situación de índole política. El choque de dos sistemas de forma radical. Donde la política pública, obviamente negociada con algunos nativos, desembocan en discutibles decisiones. Pero ¿Mientras todo cambia que va quedando? La respuesta, entre otras, pero para este caso puede ser la música....No el bullerengue, ni la champeta, ni la cumbia. Es por

extensión la música. Aunque el Palenquero sea obligado por diversas situaciones a cambiar la práctica de sus tradiciones, lo que espiritualmente siempre va a persistir en su identidad, es su oralidad, su música. Lo que en el sentir del Palenquero es “ser palenquero”. En concreto es el ritmo y su narrativa lo que siempre se identifica al palanquero, mas que la forma o el estilo en si de la música y sus palabras. Es real, ese es el verdadero patrimonio, que no es necesario institucionalizar porque naturalmente lo es. Lejos de cualquier determinismo cultural.

*....Cambiar hasta la receta del dulce, porque el turista quiere. Es servilismo. La tradición al superficial del exotista turista. Y en esto tenemos la culpa los antropólogos, por celebrar toda decisión de las mismas comunidades, sin asumir el propio criterio y opinión personal como “académico”. (Basado en una conversación con el antropólogo Ramiro Delgado) ■*